Si allí por dicha á la matrona hallares
El hijo caro demandando al cielo,
Dile, y á sus pesares
Dar logrará tu voz dulce consuelo,
Que ya ceñido de inmortal corona
En el Empíreo coro,
Himnos de gloria venturosa entona
Al Dios *Omnipotente* en arpa de oro.

A LA MUERTE DE

ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA

Reina de España.

"Ostendent terris HANC tantum fata, neque ultra
Esse sinem . . . Virg. Æneid. vi.

¿Por qué revuelta en espantoso velo
Cubres la augusta faz? ¿qué agudas penas
De imprevisto clamor turban tu cielo?

¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
Tus hazes al furor de Marte crudo,
Y á tu adorado rey entre cadenas?

¿Será forzoso que el potente escudo
De nuevo embraces, y la lanza fuerte
Que los grillos romper del orbe pudo?

¡Ay! No será, que el fallo de la muerte
Ni el valor lo revoca ni el acero:
Llorar, solo llorar es hoy tu suerte.

¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero
Soplo estinguió la antorcha lusitana,
Que inundaba de luz el campo ibero?

¿Es verdad que tu escelsa soberana
Brilló tan solo el término de un dia,
Como la rosa del Abril temprana?

¡Ay! vuelve al triste son, cítara mia,
Vuelve de nuevo al querellar doliente,
Nunca avezada al gusto y alegría.

Ciña el cipres las canas de mi frente,
Que argentó del pesar la mano adusta
Mas bien que de los años la corriente;

Y el claro nombre de Isabel augusta
Oigan estas olivas y nopales,
Que dotó de piedad su suerte injusta;

Que no es dado á mi canto los reales
Palacios penetrar, y en grato acento
De Fernando infeliz templar los males.

Tú, reina hermosa, que á tan alto asiento
Por mil virtudes encumbrada fuiste,
Dejando á España lágrimas sin cuento;

Tú, sí, que escucharás el eco triste
De un desdichado que de angustia y duelo
Mas que de luto estéril se reviste.

¿Por qué tan pronto del hispano suelo,
Sorda á nuestra afliccion, huyes, señora,
Sumido ya en eterno desconsuelo?

¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
Mejillas que enjugar, dó guerra impía
Vertió sin fin su copa asoladora?

¡Oh! torna, torna á la mansion que un dia
De alma delicia y de placer colmaste,
Y ahora se cubre de tiniebla umbría.

Y del pueblo leal que abandonaste
La atruena el grito y túrbala el quebranto,
Buscando en vano el bien que le robaste.

¿Y á dónde, á dónde en infortunio tanto
Los ojos volverá si tú le dejas?
¿Quién cegará las fuentes de su llanto?

Mas ¡ay! que en vano me deshago en quejas;
En valde emprende de la parca dura
Desarrugar mi voz las torvas cejas.

¿Ni del regio semblante la dulzura
Detuvo, impía, el brazo á tu venganza,
Ni en tan florida edad tanta hermosura?

¿Qué te ofendió la perla de Braganza,
Que así empañaste su esplendor divino
Cortando de dos mundos la esperanza?

¿Y es este, oh cielo, el ínclito destino
Que España á su inocencia prometia
Cuando cubrió de alfombras el camino?

Duran tal vez las flores todavía
Que holló su planta. ¡Oh tiempo venturoso,
Presente en mi inflamada fantasía!

Ostentosa su marcha fué: ostentoso
Bajel favonio con halagos puros
Meció de Cádiz en el golfo undoso;

Y al bronco estruendo de los bronces duros
Bella, como la diosa de las mares,
La saludaron los hercúleos muros.

Aun el rumor de aplausos á millares
Oir, y el grito de las torres creo,
Y el festivo sonar de mil cantares.

Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
Modesta, hermosa, plácida, lozana
Llegar la ven las playas de Mnesteo;

Y al dulce lado de tu dulce hermana
Con ansia noble y anhelante prisa
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana

Ella, que en este afan su amor divisa,
Responde grata con galan saludo,
Su labio de coral bañado en risa.

Por verla el padre Bétis, con nervudo
Brazo apartó los juncos de su frente,
Y á espectáculo tal, paróse mudo.

En triunfo la llevó la hispana gente
Con júbilo sin par y altos loores,
Manzanares humilde, á tu corriente;

Y entre marciales salvas y entre flores
Llegó á los brazos del augusto esposo,
Sembrando hechizos y cojiendo amores.

Mas ¡ay de mí! ¿qué vale que engañoso
Prestigio alegres horas me recuerde,
Si ya son hoy tormento doloroso?

Que no mas pronto ¡oh Dios! su aliento pierde
Por el pérfido plomo sorprendida
Blanca paloma entre la grama verde,

Que en flor le arrebató la dulce vida,
Como rayo veloz muerte villana,
Abriendo un solo golpe tanta herida.

¡Oh frágil pompa! ¡O condicion humana!
¿En qué cimiento tu firmeza estriba,
Vago sueño, humo leve, sombra vana?

Por mas que el globo círculos describa,
No olvidará Madrid la infausta escena
Que en lágrimas bañó de sangre viva.

Ajada vió en tu cuello la azucena
Malograda Isabel, y á los leones,
Del desierto dosel rujir la pena.

Mal suplida, en los lúgubres salones,
De tus ojos miró la muerte lumbre
Por el triste fulgor de cien blandones.

Del alcázar la inmensa pesadumbre
Tembló de espanto al súbito alarido,
Que lanzó la aterrada muchedumbre.

Uno, *Madre* la llama; enardecido
Otro á los cielos su oracion levanta
Del alto sollozar interrumpido:

Anhelan estos por besar la planta
De su reina infeliz: aquel postrado
Susurra triste su plegaria santa.

Cerca despues del féretro agolpado
Con gemidos el pueblo la seguia,
Al sordo son del parche destemplado;

Y á par que el eco vago repetia
Confusas quejas contra el hado ingrato,
Dobló un anciano su rodilla fria.

Miró lloroso el fúnebre aparato,
Y al viento dió su trémula querella,
Del profundo dolor suspenso un rato.

"Adios por siempre, dijo, reina bella,
De madres y princesas gran modelo;
Gloria de Portugal, de España estrella!

¡Cuántas semillas de tristeza y duelo
De perpetuo crecer y hondas raices
Deja tu ausencia al castellano suelo!

Ya mas no te hallarán los infelices
Que socorrió tu mano, ni el guerrero
Te mostrará sus largas cicatrices.

Ni escucharás el *viva* placentero
Del pueblo aclamador que, en tierra fijos
Sus ojos, cambia en luto lastimero.

De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura,
Sembró con larga mano entre tus hijos.

No pocos ¡ay! no pocos en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.

Otros, gimiendo por su patria amada,
El agua beben de estranjeros rios,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.

Mas si oye el cielo los sollozos mios,
Si un ángel lleva al solio refulgente,
Mensajero de paz, los votos pios;

Por tí tendrá del Padre omnipotente
Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
Prosperidad y union la hispana gente."

Dijo, y torna á llorar. Callada, en tanto,
Con ademan doliente se acercaba
La regia comitiva al templo santo.

Ya el cántico sagrado se escuchaba
Del cóncavo metal al ronco trueno,
Que en los atrios inmensos resonaba.

¡Ay! que ya para siempre aquel sereno
Rostro, en medio de preces funerales,
Marmórea tumba recibió en su seno.

Dándola entonces los eternos vales,
Cayó la losa: al lúgubre ruido
Retemblaron las urnas sepulcrales,
Y en su centro se oyó largo gemido.—1819.

———

ODA

AL FAUSTO NACIMIENTO DE LA SERENISIMA SEÑORA

INFANTA D.ª M. ISABEL LUISA

HOY REINA DE ESPAÑA.

"¡Cuán ciegos los mortales,
Del esplendor del solio deslumbrados,
Ventura tal de la fortuna imploran!
Si el ídolo que adoran
Los oyese benévolo, y el sumo
Bien que ansiosos codician, otorgara,
Como el aroma vil que arde en el ara
Su dicha vieran disiparse en humo."
Así esclamaba un dia
Mi rey amado en lágrimas deshecho,
Y el ¡ay! doliente al encumbrado techo
Entre el oro y los mármoles subia.
"¿Qué importa, proseguia,
A la humana ventura el regio trono,
La pompa ni el poder? Oir gemidos,
A la tierna amistad negado el seno
Y á la verdad augusta los oidos;
Finjir rostro sereno
Cuando la pena el corazon devora;
Juguete ser de adulacion traidora
Y ver mintiendo celo á la perfidia:
Tal es de los monarcas el destino,

Que fascinada envidia
La ambicion de los hombres insensatos.
¡Ah¡ ¡qué vale, oh dosel, que al vulgo hechices,
Si hasta el dón celestial de hacer felices
Lo acibara el temor de hacer ingratos?"
"Solo es dichoso un rey, cuando depuesta
La púrpura enojosa,
Solaz le ofrece la filial ternura,
Y con su cara esposa
De sus amables hijos circundado,
De inocente placer el vaso apura.
Mas ¡ay! que no fué dado
Gozar tan alto bien al alma mia.
¡Oh cuántas, cuántas veces
Soñó mi fantasía
Verlos correr con planta vacilante
Por los jardines de Aranjuez floridos,
En puro estanque á los dorados peces,
Con el sabroso cebo seducidos,
A su mano atraer; sobre una rosa
Sorprender la versátil mariposa;
O ya afectando varonil talante,
De caña armados ó sarmiento rudo,
Honrarme graves con marcial saludo!
¡Engañosa ilusion! ¡Fantasmas vanos
De apariencia falaz! Benigna suerte
Dá á mis caros hermanos
En prole hermosa descendencia larga,

Y en su estancia feliz bulle festivo
Rumor de inquieta y plácida alegría,
Cuando tristeza amarga,
Silencio, soledad, reina en la mia.
Así mi angustia crece,
Y el curso de los años fugitivo,
Prolijo, eterno á mi dolor parece.
¿Y no es mejor que á compasion movida
Dé fin la muerte á mi gemir cansado,
Que estar sin esperanza condenado
A atravesar el yermo de la vida,
Como en el aire exhalacion ligera
Que sin dejar señal cruza la esfera? "
Con tan lúgubre acento
Fernando se quejaba
En las tinieblas de la noche umbría:
El són de su lamento
Por las escelsas bóvedas vagaba
Cual eco sordo de huracan lejano,
Llamando al sueño en vano,
Que de sus mustios parpados huia;
Sintió que de repente,
Balsámica esperanza al pecho dando,
Una voz celestial así decia:
"Alza, buen rey, la congojosa frente,
Cese tu largo duelo,
Y el ya fecundo tálamo prepara,
Que en augusta doncella te depara

La ansiada succesion piadoso el cielo. "
Oyó el monarca atónito y ufano
Los gratos ecos de la voz divina...
Cuando improviso al horizonte hispano
Astro de amor apareció Cristina.
De las playas amenas
Donde desagua el Ter entre jardines
Hasta el campo feraz que el Tajo baña,
La venturosa España,
Mostrando alegre su esplendor bizarro,
Con danzas y festines,
Recibe de su rey la esposa bella:
Siguen las gracias la florida huella
Que estampa el calce del triunfante carro,
Y en grupos mil la cercan los amores
Jugando en torno en apacible vuelo.
Luce en sus labios el carmin del alba,
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo,
Hácela el coro de las aves salva;
Y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo
De la sonrisa y los donaires nido,
Bate las palmas el rapaz Cupido
Que con su dedo le imprimió en la cuna,
Présago de su gloria y su fortuna.
Admiróla Madrid: sus bellos ojos
La alborozada poblacion suspenden
Por los vecinos campos estendida.
El bronce truena; la montaña herida

Revoca el eco; las esferas hienden
Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
De las torrres y alcázares se agolpa
La inmensa muchedumbre,
Gritos sin fin de aclamacion lanzando:
Calles, plazas y templos atronando
Sube el clamor de víctores al cielo,
A par que de los altos miradores
Batiendo el blanco velo,
Rinden las damas à su reina hermosa
Tributo en vivas y homenaje en flores.
Ella en tanto graciosa,
Aquí y allí con plácido saludo
Su amable risa y su bondad ostenta,
Y el bullicioso júbilo acrecienta.
Mientras embebecido
Al diestro lado el rey la contemplaba
Sobre un potro lozano,
Que blanca espuma en derredor lanzaba,
Temblando el suelo al asentar la mano.
Así la corte ibera
Festejó reina y hospedó señora
A la ninfa gentil, á quien en breve
Dará de madre el nombre venturoso.
Sí, que la diosa que á Endimion adora,
Ya el término cumplió de giros nueve,
Y el próspero momento
Se acerca...¿Oís? ¿Qué estraño movimiento,

Qué rumor nuevo la quietud altera
De la regia mansion? ¿A la ancha plaza
Por qué tan presuroso
El pueblo corre y con ardor se abraza?
¿Cuál anuncio dichoso
Dá fuego al bronce, el címbalo voltea?
¿Qué cándido pendon al viento ondea?
¡Oh claro, ó bello dia
De almo consuelo y de memoria eterna!
¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente? ¿Y cómo
Pintar al vivo la espresion sublime
Con que ansioso Fernando,
Padre feliz, en la mejilla tierna
Del fruto de su amor el labio imprime
Por la primera vez? Al dulce beso
Con otros mil le acarició Cristina,
Que lánguida mirada,
De vanagloria y regocijo llena,
Echó á su esposo, y luego
Su prenda idolatrada
Se paró á contemplar con faz serena.
¡Con qué blanda emocion, con qué embeleso
Los rasgos examina
De aquel gracioso, ángelico semblante!
Sus facciones no ve, las adivina
Con maternal penetracion, en ellas
La copia hallando de sus formas bellas:

Y en medio el gozo que su pecho siente,
El muerto brillo de sus labios rojos
Y una cuajada lágrima en sus ojos
Reliquias son de su penar reciente.
Tal suele en Guadarrama
Caliginosa tempestad formarse
En seca tarde del ardiente estío.
Vése la parda nube desplegarse
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
El rayo serpear, crujir el trueno,
Hasta que abierto el seno
Rompe sañuda en túrbidos raudales,
Que piedras, troncos, mieses arrebatan
Con ímpetu feroz...En breve empero
La nube pasa, y por el bosque verde
El sol esparce su esplendor primero,
Sin que otro indicio apenas la recuerde,
Que en las tranquilas hojas suspendida
Gota brillante en perla convertida.
La nueva en tanto cunde
En alas de la fama: de Isabela
El claro nombre por los aires vuela,
Y entre el público aplauso se difunde.
¡Cuánto alborozo el pueblo carpentano,
Ante el alcázar regio,
Ostenta amante en redoblados vivas!
De músicas festivas

Alterna el coro, y en jovial tumulto
Los hijos todos del recinto hispano
Celebran fieles á su infanta bella.
Oyese del lejano
Confin del suelo astur el canto grave,
Que en círculo anchuroso
Lento y seguro pié compasa y mide;
El baile estrepitoso
De la feliz Valencia, dó preside
La morisca dulzaina: allí resuena
Del crótalo andaluz el son alegre,
Que las béticas playas enajena:
Allí cuantos la orilla
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre,
Renuevan hoy en danzas y cantares
Gratos recuerdos de los patrios lares.
Oh tú, preciosa niña, objeto caro
De tanto aplauso y general contento;
Tú que quizá con infantil quejido,
Forzosa deuda que á natura pagas,
Respondes solo á mi cansado acento;
Duerme, tierna Isabel, duerme y reposa:
Y las Musas iberas
Que en tu alabanza el júbilo reuna,
Para adornar tu cuna
De mirto y lauro tejerán festones;
Y de heróicas acciones,
Que el timbre augusto de Borbon realzan,

Te servirá de arrullo el noble canto.
Duerme y permite que tu madre hermosa,
Hora asustada al eco de tu llanto,
Goce tranquila en dulces ilusiones
De tu ventura el porvenir risueño;
Que la española fé te guarda el sueño.
Y tú, sol de Fernando, reina amada,
Que absorta y muda el ánimo recreas
En tu cara Isabel, y en tal instante
Ni el mismo trono olímpico deseas;
Gózala un siglo, y el afan materno
Compense en gracias su niñez serena,
Como el susurro de favonio tierno
Paga en fragancia cándida azucena.
Que allá en el tiempo que de veinte abriles
Sus ojos vieren renacer las flores,
Y el mundo á sus encantos juveniles
Ofrezca adoracion, tribute amores;
Si de Iberia en el solio soberano
Dieren las patrias leyes
Asiento digno á mas feliz hermano,
Cien poderosos reyes
De las vecinas y apartadas zonas
Rendirán á tus plantas cien coronas.

DOS POEMAS

DE

OSIAN.